

la exacerbada sensibilidad del autor. El pesimismo que en ocasiones lo domina es fácilmente comprensible en las circunstancias de su generación. Pero, como dice uno de los traductores (R. Bermejo) en su introducción «*el relato El sarcófago —que da título a la colección— es uno de los pocos en que asoman valores positivos: el amor y la espontaneidad que convierten un sarcófago antiguo en un hermoso nicho amoroso frente a la civilización que lo vuelve a convertir en una urna carni-(sarco-)-vora(-fagos)*».

Al texto han añadido los traductores una breve introducción, algunos datos sobre la biografía y la obra de Ioanu, y un buen número de notas, quizás inusual en las traducciones pero que son muy de agradecer, ya que, sin entorpecer en ningún momento el curso de la lectura —están seleccionadas las justas—, facilitan constantemente la comprensión del contenido a cualquier lector no demasiado familiarizado con la Grecia contemporánea, pues, en efecto, a través de esta treintena de relatos se puede hacer un recorrido lúcido por este siglo XX que toca a su fin, en una Grecia que ha vivido circunstancias históricas muy difíciles y trágicas pero que en sus gentes, en las situaciones cotidianas, en las descripciones frescas que hace Ioanu, nos recuerdan poderosamente nuestro propio mundo.

Mérito de los traductores, en definitiva, es que han puesto sobre las manos del lector hispanohablante un libro de lectura interesante y ameno, accesible a cualquiera, que podrá comprobar por sí mismo cómo esta selección de relatos de Ioanu —por algo una de sus obras principales— le acompañará inevitablemente hasta que haya concluido su lectura con verdadero deleite.

HENAR ZAMORA SALAMANCA

Pierre-François Mourier, *Cicéron. L'avocat et la République*, Editions Michalons, París, 1996, 124 pp.

*Nous ne saurons jamais quelle fut la couleur des yeux de Marcus Tullius Cicéron.* Esta singular frase encabeza la breve monografía que P.F. Mourier, profesor de latín en la Universidad de Lila, escribe sobre el «inventor del oficio de abogado», Cicerón, incluida en la colección «Le bien commun», que dirige el magistrado Antoine Garapon.

Se trata de un trabajo realizado sin grandes pretensiones científicas, libre del bagaje de la erudición, destinado al gran público más que a los especialistas. Pero el modo de plantear el tema y las atinadas observaciones hacen que resulte un libro muy sugerente y atractivo para todo tipo de lectores, a lo que contribuyen también las curiosas referencias a temas y personajes más o menos actuales: v.gr. Alain Juppé y Jacques Chirac (pág. 11), la anglofilia de Stendhal (p. 27), el proceso de O.J. Simpson (p. 29), la atmósfera de Berlín en los años '30 (p. 71) o el Bronx neoyorquino de hoy día (p. 117).

«Le miracle romaine», a manera de introducción (pp. 11-13), abre el libro, y lo cierra, a manera de epílogo, «Ne faites pas le bonheur des gens contre leur gré...» (pp. 115-120), y en medio van cinco capítulos: el primero dedicado al «rigor de los tiempos» (pp. 15-22), el segundo al «hombre de palabras» (pp. 23-46), el tercero al «abogado y la política» (pp. 47-77), el cuarto a «la constitución ideal-práctica» (pp. 78-93), y el quinto a «una filosofía de la acción» (pp. 94-114). La bibliografía, presentada bajo el elocuente epígrafe «Pour en savoir plus», se limita a nueve obras, entre las que destacan A. Giardina (dir.), *L'homme romain* (trad. Madrid, 1991) y R. Brague, *Europe, la voie romaine* (trad. Madrid, 1995). Cabe destacar, asimismo, los abundantes pasajes de varias obras de Cicerón y de algún otro clásico (v.gr. Salustio), recogidos sólo en versión francesa.

Cicerón, «razón social, abogado», emplea como arma el lenguaje, y es el máximo representante de la elocuencia *deliberativa*. Se insiste (cf. pp. 20, 31 y 40) en que su doctrina política está basada en la moderación, en la vía intermedia, *mediocritas* (que algunos han interpretado como conservadurismo) y en la *concordia ordinum*, lo que justifica Mourier diciendo que el orador vivió desde su infancia una atmósfera de lucha por el poder.

El Arpinate, empeñado en construir una elocuencia verdaderamente romana, comprende que el saber del orador no puede ser sólo teórico, porque no es un filósofo, sino un hombre de acción. Así que el orador debutante, al mismo tiempo que estudia, necesita ejercer su saber libresco y perfeccionarse, poniéndose a prueba en situaciones concretas.

La filosofía, para Cicerón, no debe despreciar la elocuencia; ésta debe apoyarse en una amplia formación intelectual, sin desdeñar los conocimientos (v.gr. la filosofía) que a primera vista parecen no guardar relación con el arte de la palabra. La elocuencia debe ser la voz de la *sabiduría*, en los dos sentidos que este término tenía para un romano culto: una mezcla de empirismo latino y de sabiduría griega.

No tiene nada de sofista, pues para él la elocuencia no es un medio de destacar gastando poco dinero y de engañar al pueblo. La elocuencia exige dar prueba de una buena fe absoluta: la palabra es el fundamento de la verdad y la justicia, y en cierto modo, dentro de la vida política, es el único arma legítimo de la fuerza. La retórica es expresamente la supremacía del diálogo y el rechazo de la violencia.

Cicerón -ya se ha dicho- es de tendencia conservadora, pero incluso cuando se distancia del senado, no piensa que este orden deba ser cuestionado, sino que es necesario hacerlo evolucionar lentamente, desde el interior, con el aporte de *homines novi*, uno de los cuales era él mismo.

Quizá se deba a su carácter provincial la constante preocupación por la suerte de sus conciudadanos, lo que los latinos llaman *humanitas*. Se observa eso sobre todo en su concepción de la acción política. Cuando entra en política y se ve obligado a decidir entre senadores y populares, escoge la vía intermedia, pese a que habría sido más ventajoso para él haberse aliado con los aristócratas más reaccionarios. No obstante, es posible que concibiese la idea de agrupar en torno a su persona a esa «tercera fuerza» potencial que representaban los *equites*.

Muy pronto sabe que su vocación lo empuja a mirar por el bien común. El honor más grande consiste en la responsabilidad del ejercicio político, y ese compromiso

para él no es meramente teórico. No es justo acusarlo de egocentrismo, porque en su caso es el personaje público que encarna lo que debe ser respetado y reconocido, no el individuo privado *Cicero*.

No tiene afición a las armas, carece de dinero, y le horroriza toda tipo de ilegalidad; para su talento, para su deseo de hacer carrera, en suma para su humanidad, inventa una nueva forma de triunfar: la abogacía. Y así lo vemos durante toda su vida conjugar lo jurídico y lo político, y colocar su carrera al servicio de la Ciudad. Desde el principio, muestra claramente que el poder de la palabra es capaz de reparar los daños causados por la violencia y las armas. Por eso se lanza con sus medios —los de la abogacía, *hoc est* la palabra— a la acción política. Mas, a fines de los años 50, se aleja de la vida política activa, aunque no permanece inactivo: después de la acción política llega la hora de reflexionar sobre la política. Aprovecha para leer y reunir información con vistas a escribir un tratado sobre la República. En efecto, entre el 54 y el 51, cuando las señales de disgregación de la Ciudad romana se hacen cada vez más evidentes, Cicerón, tal vez para conjurar la suerte, pero sobre todo para proporcionar una guía política práctica a sus contemporáneos, se consagra a la redacción de la *República*. Y si bien, al cabo de los años y de muchos avatares, ha conservado sus bienes y ha salvado su vida, y mantiene todavía intacto su prestigio de orador, ya no puede ponerlo directamente al servicio de una República que, para él, ha dejado de existir.

Forzado al *otium*, se consagra a construir un *corpus* filosófico en lengua latina. El hombre, nacido libre, puede renunciar a esta libertad en un caso preciso: en la relación entre el ciudadano y la autoridad legítima (legítima según el adagio *suum cuique tribuere*), y respetando los principios de legalidad, equidad y justicia, basada esta última en la *fides*, lealtad a la palabra dada y a los compromisos adquiridos.

En conclusión, Cicerón inventó el oficio de abogado y ejerció la abogacía de forma teórica y práctica. Como paradigma del hombre romano, perdió su combate a cambio de su vida; la toga cedió ante las armas. Sin embargo, no debe ser clasificado entre los vencidos de la Historia; su último intento de restaurar la República estaba sin duda condenado al fracaso, quizá ya no era algo deseable. El Imperio de los Césares, en este momento preciso de la evolución de la Ciudad, si no era ineluctable, al menos se aceptaba de buen grado.

El ascetismo de la vía intermedia (vía que, en opinión de Mourier, trató de seguir en todo momento el Arpinate) no consistía en la búsqueda cínica de la utilidad inmediata, ni en el deseo mortal de hacer felices a las gentes en contra de su voluntad, sino que tenía como horizonte último el bien común.

BEATRIZ ANTÓN

Carlos Lévy (ed.), *Le concept de nature à Rome. La physique*, París, Presses de l'École normale supérieure, 1996, 270 pp.

En este volumen Carlos Lévy edita las actas del seminario sobre filosofía romana que tuvo lugar en la Universidad de París XII - Val-de-Marne durante el curso 1992-1993.